Narrativa breve
M^a Ángeles Moreno Camero

UTOPIÁS

La excitación le hizo saltar de la cama, Luís pasó por el cuarto de baño y no quiso ni mirar al que, al mismo tiempo miente y le dice la cruda verdad. Se fue al dormitorio, preparó la ropa de montaña, se vistió, buscó las botas se calzó y quiso alejarse del pueblo; tenía verdadera necesidad de subir a la montaña, allí analizaría lo que le atormentaba hacía tiempo.

Emprendió camino al “Tobar”, un lugar que se hallaba a 15 km, empezó la subida por un camino sinuoso y pendiente; si más empinado le era el sendero, notaba que a través del esfuerzo conseguía estar más cerca de lo más sublime: su alma y espíritu.

Allí, por los verdes bosques y olivares, hasta los grises montes, de esa primavera que la percibía siniestra. Subía por la vereda donde el sol calentaba no cesaba de pensar en Soraya; seguía camino arriba en busca de ese lugar que tantas emociones emergían en él; al paso por la ermita pensó...ni Dios ni la religión, podían dar respuesta a ese sentimiento que lo consumía. Llegó al Tobar, donde divisaba, desde el pico más alto, hasta el más hermoso valle, se tumbó boca arriba; mantenía ese pensamiento que le atormentaba, aunque en realidad tampoco quería certezas; tenía un desasosiego que le hacía encontrarse así, solo así, como flor silvestre de aquel pasto de hermosos colores, en busca del sol que bebe los vientos por ella. “Sol, no me hagas sombra, que la sombra me persigue y yo la quiero aquí, real, presente y sin testigos”.

De prisa como el viento que lo envuelve, volando va hacia ese amor, que brota como manantial puro en lo más alto de la montaña.

Desde la calle la llama.

-¡Soraya! Somos dos, tú y yo, te pierdes, te esfumas, ¿puede que solo seas una sombra? Por amor de dios, no me hagas perder la esperanza de encontrarme en ti.

Soraya despierta, se asoma al espejo y espera verse reflejada en alguna vivencia, recuerdo o intuición, que la lleve a rebuscar en su corazón un vago sentimiento; más no encuentra nada que le diga sí, a esa locura que siente Luís.

Estaba en el pueblo cuándo lo conoció, era un chico serio, solitario, taciturno y contradictorio (es lo que percibía ella). En la feria del lugar se lo presentó un amigo, ella trató de empatizar con él, pero al aproximarse se percató de que sus motivaciones no coincidían. Ella, joven, entusiasta, rebelde y con un sentido de la libertad muy acentuado, le gustaba relacionarse con la gente, compartir música, libros, charlas que la enriquecían; sus estudios, ocupaban en su vida un lugar relevante. De ninguna de las maneras quería una relación.

Quería sentirse golondrina que migra, se definía en esos ríos que fluyen en el aire, para llegar al mar unas veces bravío y otras veces en calma, perdiéndose en el cielo de un amanecer.

Soraya baja las escaleras con la idea que ahora y no más tarde, tiene que atajar esa situación, pero aún así, rezagada responde:

-Me traes las manos llenas de utopías.

Ella se aleja tres pasos y el horizonte de esa relación es infinito.

-Más tú: has proyectado un amor en tu mente, que es irreal, es una quimera, anhelas un sueño que no es correspondido, es fruto de una ilusión, tu imaginación te lleva mucho más lejos de lo que es la realidad.

Luís desesperado se aleja, no sabe cómo librarse de ese pesar que tanto le duele, el pensamiento lo tortura, trayéndole la imagen idealizada de Soraya, no concibe, que ni tan siquiera haya podido enamorarla un poquito.

Contrariado vuelve a su casa, no deja de llorar, necesitaba reflexionar, meditar sobre su situación.

Puso mucho empeño, en que Soraya supiera de sus sentimientos e hizo lo imposible por

que los compartiera. Tenían los dos una afición en común, ese amor a la montaña, cuando la visitaban él le decía: aquí en las alturas tus ojos verdes se confunden con la hermosura de este valle, tus labios son pétalos de rosa que encienden mi pasión y tus cabellos al viento... ¡quien pudiera volar en esos pensamientos!... los que quisiera hacer míos.

Quiso conciliar el sueño para dejar de pensar en ella.

Llegó el día elegido; una dulce carga llevaba en su mochila, alejándose hacia la montaña, subió hasta el lugar donde ellos dos se habían besado por primera vez, no le pareció tan hermoso como cuando se encontraron. Las nubes de la tarde amenazaban con ese color rojizo y plomo; esperó al crepúsculo.

Se sentó y escribió por última vez a su amada:

“Querida mía, llevo en mi mente grabada la última vez que tú y yo nos besamos; en este lugar elegido para mi mayor ofrenda al amor. Con este manto verde, eterno, que junta el cielo, con la más hermosa cumbre que nos hace suyos...en el ocaso de un atardecer”.

Ángeles Moreno